

---

U N I V E R S I D A D   D E   C O N C E P C I O N

**R E V I S T A   D E**  
**D E R E C H O**

AÑO   XLVII   —   Nº   168

ENERO — DICIEMBRE DE 1980

---

E S C U E L A   D E   D E R E C H O

## *LA JUSTICIA: SENTIMIENTO E IDEAL*

ALVARO TRONCOSO LARRONDE

Prof. Escuela de Derecho  
Universidad de Concepción

La bondad del Señor Director y de algunos de mis colegas profesores ha hecho recaer en mí la grave responsabilidad, pero a la vez el señalado honor, de comparecer ante vosotros usando una tribuna desde la que hace ya 115 años se viene haciendo oír la voz de quienes enseñan a la juventud los principios y las ideas perennes del Derecho, así como las normas que lo traducen y concretan en una permanente y apasionante evolución.

He aceptado esta distinción obedeciendo más bien a un impulso de los sentimientos que a los dictados de la razón. Si hubiera auscultado ésta, la habría declinado por cuanto tengo la plena convicción de que son muchos los señores profesores de esta Escuela los que podrían cumplir el cometido que se me ha asignado con verdadero talento, sapiencia y profundidad intelectual.

Sin embargo, es una debilidad del hombre tratar de estar cerca, en ocasiones como ésta, de aquello que se ama.

La historia de la Escuela de Derecho de Concepción gravita sobre nuestros espíritus con el suave peso de acontecimientos pretéritos que dieron luces a la cultura de esta región, así como con el recuerdo de personas ya idas pero que siguen viviendo en nosotros con el ejemplo de sus virtudes y de su esfuerzo por dejar, a través de sus enseñanzas y de sus actos, un mundo mejor que el que ellos encontraron.

En los comienzos de este siglo que, con tan asombrosa prisa está llegando a su ocaso, visitó las aulas del Curso Fiscal de Leyes, antecesor de esta casa de estudios, quien, andando el tiempo, iba a pulsar las fibras de nuestra sensibilidad juvenil descubriendo ante nuestro ojos toda la hermosura y majestad que se encierra en las expresiones de la Justicia y del Derecho.

Ante este estímulo, percibido al comienzo simplemente con una sensibilidad estética que induce a encontrar la belleza oculta de las cosas y de los conceptos, abrazamos la carrera de la abogacía. Desde entonces, casi sin solución de continuidad, hemos estado unidos a esta Escuela.

Ha sido en ella en donde hemos procurado perfeccionarnos. En ella hemos amado y por ella hemos luchado. A través de ella hemos tenido, en fin, el singular privilegio de prolongar nuestra mocedad interior en el fecundo contacto con los jóvenes.

Don Enrique Molina, primer Rector de esta Universidad construida sobre los cimientos de nuestra vieja Escuela, prologó su libro "De lo Espiritual en la Vida Humana" dedicándolo como un compañero de viaje a quienes "buscan siempre un sentido en medio de la fluencia de las cosas"; a aquellos "que procuran encontrar, con inquietud atormentada o con serenidad estoica, el hilo de oro de lo divino, lo espiritual y lo eterno que nos conduzca a través del laberinto de la vida".

Trascendiendo los límites de la obra en que figuran, estas palabras conllevan una invitación y una esperanza.

Una invitación a replegarnos en nosotros mismos, a vivir nuestra vida interior cultivando los sentimientos más nobles para que germinen de ellos los frutos de nuestro espíritu.

Y una esperanza, cual es la de adornar nuestras existencias con un sentido ideal de belleza, de amor y de paz, que sólo el espíritu puede dar, y que satisfaga los anhelos de perfección siempre presentes en algún rincón de nuestra intimidad.

Son pues, los sentimientos y los ideales los que constituyen la síntesis de la vida humana en su dimensión espiritual, que es la verdaderamente trascendente. Entre ambos se encuentra el ancho y complejo campo de las ideas y de los hechos con que los hombres han buscado desde los comienzos de la historia y siguen buscando afanosamente, traducir los primeros en una expresión semejante a los ideales que sus espíritus inquietos e insaciables se empeñan en reclamar.

Bajo la incitación de estas reflexiones, discurriremos, apenas esbozándolo, en torno a un tema que está íntimamente vinculado a ellas. Ese tema, que no puede ser ajeno o indiferente a quienes han elegido la carrera del Derecho, sino que debe constituir la razón y el fin último de todas sus inquietudes, de todas sus zozobras y alegrías y de todas sus acciones, es el de la Justicia.

Desde hace miles de años, desde el momento mismo en que el hombre recogió el reto de iniciar la aventura del pensamiento, ha procurado desentrañar el concepto de Justicia.

No debe verse en este empeño simplemente un ejercicio intelectual, propio de la inquietud del ser humano de conocerse a sí mismo; de dividir y colocar en categorías inteligibles cada una de las manifestaciones y de los impulsos de su alma.

Además de lo anterior, el esfuerzo ha estado dirigido a un fin de alto y digno contenido utilitario.

Se ha tratado de definir la justicia para que así, desde la prisión de las palabras contenidas en una sabia definición, pueda ella ser enten-

dida y aplicada en cada núcleo social, en cada momento en que la vida de relación genere una contraposición de intereses. Así, la definición universal de Justicia pasaría a ser la fuente de inspiración del Derecho y la norma ética que le precede y sustenta.

De esta manera, la Justicia ha sido concebida en una doble dimensión.

De una parte, se ha entendido que ella es la primera y la fundamental virtud, esto es, aquella disposición espiritual que nos incita a obrar en una constante búsqueda del bien, rechazando el mal que pueda aquejarnos a nosotros mismos o a nuestros semejantes.

En torno a esta aceptación se aglutinan prácticamente todos los filósofos del mundo helénico y ella alcanza a las alturas más diáfanas y nítidas en el pensamiento de Platón y de Aristóteles.

Posteriormente, la doctrina del amor universal que ve la luz en un pesebre de Belén entrega a la concepción de Justicia-Virtud, heredada de los griegos, el cálido aporte de su ligazón con Dios. Y el bien hacia el que inexorablemente conduce el ejercicio de esta virtud suprema llamada Justicia, ya no es tan sólo una meta para conseguir la propia satisfacción de obrar con rectitud, sino además un vehículo para alcanzar la gracia del Creador.

San Agustín y Santo Tomás coinciden en llamar a la Justicia "la fecunda generadora de las otras virtudes; la que tiene la propiedad de subordinar el espíritu a Dios".

Al lado de esta concepción subjetiva y profunda que ubica la Justicia en el fuero interno de cada ser humano, estrechándola a sus sentimientos como una suerte de pasión o movimiento del alma en pos del bien, aparece, también en la obra de los pensadores griegos, una concepción más estricta y formal que ha sido recogida y elaborada por los más destacados filósofos del mundo occidental.

Nos referimos a la Justicia concebida como medida y criterio para el Derecho.

Es obvio que no es éste el momento de entrar a analizar metódicamente y en profundidad esta perspectiva de la Justicia.

Ello implicaría la difícil tarea de exponer todos los esfuerzos desplegados a través de siglos para materializar los sentimientos del bien en normas legales que presidan la vida de relación en un momento dado y en una determinada sociedad.

No es ése nuestro propósito el que, por lo demás, escapa absolutamente a nuestras posibilidades.

Lo que pretendemos es trazar, simplemente, en gruesas pinceladas, el cuadro de los afanes humanos para lograr que la Justicia, omnipresente en el alma, experimentada como pasión o como sentimiento, pueda encontrar a través de la Ley su lugar en el mundo exterior para evitar el

mal y conquistar así la paz, la libertad y la seguridad para todos los hombres.

En suma, queremos recordar con los jóvenes estudiantes y para ellos, algunos hitos de la larga historia del tránsito de la Justicia desde el sentimiento hacia el ideal. Está implícita en este propósito la invitación a que ellos, como futuros jueces y abogados, ocupen un lugar protagónico en la instancia presente de esta historia.

La idea de Justicia, en su aproximación al Derecho, está expresada en la máxima de Ulpiano, recogida en el Digesto: "La Justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que es suyo".

De esta manera, el concepto jurídico de Justicia está estrechamente vinculado al de pertenencia. ¡Hay cosas que son mías, en tanto que hay otras que son de los demás! Y la misión del Derecho es lograr armonía en el ejercicio de las facultades de cada hombre, evitando su colisión.

Esta formulación, que aparece tan simple y tan sabia, tiene sin embargo ante sí el formidable escollo del egoísmo y de la insensatez. Está en la naturaleza humana la tendencia a magnificar los propios derechos y a olvidar los deberes hacia los demás.

En los tiempos remotos, en los que recién comenzaban a fermentar la cultura y la civilización, la suprema ley era la fuerza. La Justicia tenía una sola cara: aquella que mira a los propios intereses. Y el hombre luchaba por esa su Justicia, avasallando, destruyendo, conquistando y matando.

La ominosa ley del vencedor, para vergüenza de la humanidad, sigue infortunadamente hoy tan vigente en algunos lugares como en los tiempos en que el jefe galo Breno, arrojando su espada en la balanza en que se pesaba el oro de los romanos derrotados, la sintetizó en la célebre frase: "Vae victis". ¡Ay de los vencidos!

Miren Uds. el mundo que nos rodea para evitar que se sacie el asombro que nos causan tragedias como las de Vietnam y Cuba, en las que centenares de seres humanos vencidos se ahogan en los mares huyendo de la ley de la fuerza.

Sigan asombrándose con actitudes de pueblos y de gobiernos que locamente emplean la potencia de sus armas o la amenaza de su uso para destruir los fundamentos del Derecho Internacional, olvidando que algún día podrían necesitar angustiosamente encontrar refugio en él.

Sin embargo, este cuadro de la miseria espiritual de que hacen gala algunos hombres y pueblos no parece tan inexorablemente sombrío ni puede conducir a mirar con escepticismo la Justicia, si se considera que hay figuras y organismos que, con la tenacidad y valor que da la fe en la superior dignidad humana, se empeñan en restablecerla en su definitiva dimensión de libertad, paz y seguridad para todos.



Es el testimonio presente de que aún continúa el noble esfuerzo de traducir el sentimiento en ideal.

Pero, es menester no apresurar tanto el paso porque corremos el riesgo de perdersnos en el laberinto de los problemas que presenta la por siempre anhelada conjunción de la Justicia con la norma legal.

Creemos que hay un punto de partida que conviene a nuestras disquisiciones, ayudándonos a esquematizarlas.

Grecia, cuna de la filosofía y generadora de las expresiones más puras del espíritu, ha entregado su aporte del concepto de Justicia-Virtud.

Ha sido, sin embargo, Roma la que construyó el admirable edificio del Derecho. El notable sentido jurídico del pueblo romano intuyó que la convivencia no puede quedar liberada a la buena voluntad de quienes componen el conglomerado social. Era, pues, menester abocarse a la tarea de hurgar en la experiencia de la vida en común para extraer de ella normas o principios que sirvieran para fijar con certeza el límite de lo permisible a cada ciudadano.

Así nació la ley de las XII Tablas, sencillo pero formidable cimiento del Derecho Romano, con preceptos sistematizados y metódicos, frutos principalmente de la lógica y de la razón.

Sin embargo, a poco andar, dentro de la relatividad del tiempo, cayeron en cuenta los romanos que la ley jamás podrá tener la pretensión de agotar la regulación de la conducta humana. Como toda creación terrena, ella se anquilosa y envejece, perdiendo vigencia y valor en la medida en que se desenvuelve y desarrolla la cultura; en que cambian las costumbres y los objetivos que persiguen los hombres.

De otro lado, comprobaron asimismo que la simple aplicación del precepto normativo, con prescindencia de la situación específica, del caso particular, que requiere su intervención, puede en ocasiones llevar a una solución arbitraria o injusta.

Y el genio jurídico que ya hemos alabado en ese pueblo al que tanto debemos, encontró rápidamente la solución.

Mantuvo la ley escrita pero, para preservar a los hombres de los peligros que entrañaba su aplicación fría, inflexible y rigurosa, creó la magistratura de los pretores.

Cupo a estos jueces glorificar la sabiduría civil de Roma con hechos menos estruendosos y espectaculares que las resonantes victorias militares que construyeron el Imperio, pero ciertamente más imperecederos. Aportaron ellos el complemento que faltaba al primitivo derecho racional, impregnándolo de un sentido humano de justicia.

En efecto, en ejercicio del "jus edicendi", los pretores aplicaron la ley, no de una manera uniforme, igual para todos los casos, sino con-

forme a los dictados de la equidad; corrigieron disposiciones cuya aplicación estimaban perniciosa e incluso dieron a los ciudadanos protección en derechos que no estaban garantizados por la ley.

Así, con el correr de los años, la ley de las XII Tablas, *medida racional* del Derecho, fue complementada y enriquecida con el "jus honorarium", creado por los pretores como *medida de justicia y equidad*, dándose así, en un período fugaz de la historia, la brillante conjunción de norma y virtud.

He ahí el secreto de la trascendencia del Derecho Romano, arquetipo que ha inspirado las instituciones jurídicas de los pueblos de occidente y que aún hoy las sustenta, resistiendo el embate de los siglos.

Pero, sigamos avanzando a grandes zancadas.

Bajo el impacto de las invasiones bárbaras se agrieta poco a poco, para terminar despedazándose todo ese mundo de equilibrio, de armonía y perfección que se había construido en torno a la ciudad de Roma. El tesoro de su cultura se refugia entonces en la mente y en el pensamiento de hombres selectos que lo van transmitiendo de generación en generación, con la tenacidad y reverencia con que se preservan las cosas sagradas que no deben perecer.

Algún día habrían de aparecer nuevamente en el Renacimiento del Arte y en el Código de Napoleón.

Mientras tanto, los campos del mundo de entonces apoyaban los pasos vacilantes de los nuevos pueblos y naciones que empezaban a forjarse dificultosamente, dramáticamente. Muchas veces en largos episodios de tragedia, con momentos en que se suceden la crueldad y la grandeza del espíritu humano.

Es ésta una extensa época de decantación de valores, la que se produce a través de la oposición de la fuerza y la violencia. Escasamente tiene cabida en ella la exaltación de la Virtud-Justicia, pero existe, sí, una necesidad inmensa y *vital* de regular la conducta de los hombres.

Así, la norma jurídica, el Derecho, pierde su carácter principal de medio para lograr la Justicia. Ya no importa tanto dar a cada uno lo que es suyo. Lo único que realmente importa es regular la conducta de los súbditos, adecuándola a los intereses del príncipe o del Estado.

Este transpersonalismo de la ley, que se olvida del hombre y lo considera un mero instrumento para el engrandecimiento y poder del Estado, habría de revivir nuevamente en los sistemas totalitarios de nuestro siglo. Su símbolo y su objetivo es el Orden, mas no la Justicia.

Bajo el imperio de estos principios, la ley se identifica con la voluntad del Rey o Señor. Es él quien la crea, modifica, interpreta o

deroga a su total arbitrio. Aquel que la critica es juzgado reo del delito de lesa majestad. El propio juez, elevado en Roma a alturas inconmensurables, queda relegado a la triste condición de vasallo encargado de aplicar las órdenes y decisiones del monarca.

"Si el juez tenía dudas sobre el sentido de la ley, o si creía encontrar en ella una laguna, debía dirigirse al soberano o a su representante, para buscar allí la interpretación y resolución auténtica" (Hans Reichel).

Toda esta larga etapa de la historia culmina en el período llamado del Absolutismo, encarnado en monarcas como Federico El Grande de Prusia y Luis XIV de Francia.

El Absolutismo marca una regresión de siglos en el afán humano de aunar el Derecho, como factor instrumental de ordenamiento y regulación de la vida social, con el sentimiento de Justicia-Virtud.

Sin embargo, a la obscuridad sucede la luz.

Promediaba el siglo XVIII cuando en Francia un hombre llamado Montesquieu, estudioso de la grandeza y decadencia de Roma, cree encontrar el nexo perdido entre el Derecho y los sentimientos. Y lo fija con caracteres indelebiles en el título de su obra más importante. La denomina: "El Espíritu de las Leyes".

Así se reinicia el camino en búsqueda del ideal. Y el mundo emprende la marcha a los compases de un himno que enronqueció las gargantas marselesas y que, en el curso del tiempo, dejó un reguero de sangre, pero que se identifica con las ansias eternas de lograr la plena dignidad del ser humano a través de la Justicia.

La doctrina de Montesquieu de la división de los Poderes del Estado apunta fundamentalmente a preservar la libertad de los ciudadanos. Para ello, preconiza que los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial deben ser absolutamente independientes entre sí, limitándose cada uno de ellos a la función que le es propia. Uno crea el Derecho en forma de normas abstractas y obligatorias de manera general; el otro las ejecuta y, por último, la judicatura las aplica a cada caso individual, dando vida en cada situación concreta al precepto frío e inerte de la ley.

De la manera indicada sería imposible, en el pensamiento de Montesquieu, que volviera a repetirse la aberración que significó someter los derechos y el destino mismo de los ciudadanos a la mera voluntad o a los caprichos del gobernante.

La ley habría de ser un compendio de sabiduría y de justicia, nacido del pueblo mismo y a ella habrían de quedar subordinados, sin excepción, todos los hombres, incluso los gobernantes y los propios jueces.

Preocupado fundamentalmente del afán libertario, reprimido durante siglos, no reparó sin embargo Montesquieu, ni quienes lo siguieron, que había un punto débil o falible en su doctrina. Este radica en atribuir al legislador y exclusivamente a él la tarea de encontrar la Justicia y plasmarla en el Derecho Positivo.



La experiencia ha demostrado que la Justicia languidece cuando está aprisionada en leyes que han quedado clavadas en el tiempo. En nuestro país tenemos un buen ejemplo en nuestro arcaico Código Penal, por citar un solo caso.

Apagados los fuegos de la Revolución Francesa, pero no el calor libertario que ella había dejado en el corazón de los hombres, emprende Napoleón la magna tarea de elaborar el Código que llevaría su nombre.

Portalís, quien fuera su colaborador más cercano e influyente, está consciente que una legislación positiva sólo puede contener los grandes preceptos, generales y abstractos, pero que no puede jamás englobar la solución específica de todos los problemas posibles. Con esa convicción y certeza, se empeña en imprimir al Código Civil una amplitud de principios y una generalidad tal que haga posible la aplicación de sus normas a todo un universo de situaciones contingentes con un resultado de justicia.

Hoy, casi dos siglos después, podemos decir que ese resultado se ha cumplido en buena medida en el campo de las relaciones civiles, no sólo en Francia sino también en el vasto conglomerado de países que inspiraron en el Código de Napoleón sus propios Códigos. Entre ellos, el nuestro.

Lo anterior no obsta, sin embargo, a que revisemos la arrogante frase del Gran Corso cuando iniciaba su obra jurídica y las proyecciones que esta frase ha tenido en el desenvolvimiento de la Justicia contemporánea: "Sometamos al Juez al despotismo de la Ley, para que sus fallos no sean arbitrarios".

Esta frase, convertida en un principio básico del Derecho a la sombra de la doctrina de la separación de los Poderes, ha contribuido sin duda, dentro de un conjunto complejo de otros factores, a disminuir el ritmo del andar en procura de la Justicia.

En su virtud, los jueces han quedado constreñidos a la búsqueda, no de la Justicia en el fondo de sus corazones, sino del precepto positivo, matemáticamente aplicable en cada caso concreto. Y la función judicial ha tomado un tinte de frío ejercicio intelectual o dialéctico que amortigua el calor humano que debe necesariamente rodearla.

De esta suerte, como lo apuntaba un eminente magistrado chileno, el juez pasó del absolutismo del Monarca al absolutismo de la ley. Y refiriéndose a esta triste comprobación, repetía la frase de Berodt, llena de amargo sarcasmo: "Tú eres libre ¡Oh Juez! Solamente debes observar un millón de artículos legales" (Osvaldo Illánz B. "Algunas reflexiones sobre la Ley").

No obstante lo anterior, no cabe ninguna duda en orden a que la Revolución Francesa y la obra de los juristas que la han sucedido constituyen un hito fundamental en el avance hacia una Justicia con significado humano.

La complejidad creciente de los fenómenos que experimenta el mundo ha empalidecido este logro. Gran incidencia tiene en este efecto negativo la desviación del interés de la humanidad hacia el alcance del bienestar y la plenitud económica, tendencia insaciable que ha adormecido los espíritus y ha polarizado las acciones de los hombres hasta subordinar a ella la propia razón de ser de la vida.

Los Parlamentos y los Gobiernos, siguiendo el reclamo de los pueblos, han acentuado su preocupación en dictar leyes que fomenten cada vez más el desarrollo y mantengan el orden social. Y han postergado sistemáticamente su preocupación por las Leyes de Justicia, por aquellas que están llamadas a resolver el humilde caso de un solo hombre que, aunque perdido en el anonimato de la multitud cada vez más monstruosamente absorbente, tiene indiscutiblemente el sagrado derecho a ser entendido y considerado en lo que forma el patrimonio de sus propios valores.

Afortunadamente, las leyes fundamentales de muchos países han contemplado algunos mecanismos que permiten a los jueces, siempre aislados en su modestia pero conscientes de que representan una virtud que debe ser permanentemente cultivada, adaptar el rigorismo de la ley formal al concepto de Justicia que nace de sus sentimientos.

Buen testimonio de lo que venimos diciendo es el fallo de un notable magistrado francés que conoció, en los umbrales de este siglo, de una acusación por el delito de mendicidad.

Escuchemos las motivaciones de esta sentencia ejemplar:

“Considerando —dice— que el derecho a la vida es tan incontestable a los desheredados de la fortuna como para aquellos que la suerte ha hecho nacer bajo una feliz estrella;

“Considerando que es una cuestión de orden público no dejar morir de hambre a aquellos que nada tienen;

“Considerando que aquel que, en su miseria, pide socorro a sus semejantes más afortunados que él, sin recriminaciones de ninguna suerte, obtenga o no el socorro pedido, nunca comete el delito de mendicidad;

“Considerando que, en verdad, uno se pregunta dónde estaría la equidad y la Justicia si se castigara a un ser humano por haber simplemente pedido un pedazo de pan a un semejante, cuando el primer deber de la sociedad y el interés sabiamente protegido de su propia seguridad, estaría en asegurar a todos sus miembros infelices, quienesquiera que fuesen, el pan necesario a su existencia;

“Considerando que perseguir y castigar a un desdichado que, por ser desdichado, pudiera cometer otros delitos o hechos más graves que la mendicidad, es lo mismo que formarle un proceso previo contra el cual ha de revelarse toda recta conciencia”.

El acusado fue absuelto, soslayándose la aplicación rigurosa del texto de la ley. Pero triunfó la Justicia; aquella que hemos llamado Justicia-Virtud.

La historia de la judicatura de este siglo está matizada de casos semejantes. Incluso existen Tribunales en que renace el antiguo derecho pretoriano en materias tan delicadas e importantes como son las que conciernen a la defensa de los intereses de los ciudadanos cuando son amagados por la acción omnipotente del Estado. Recordemos a este propósito la Jurisprudencia del Consejo de Estado de Francia, fecunda y principal creadora del Derecho Administrativo Moderno, fundamentalmente en lo que atañe a la protección jurisdiccional de los administrados.

Sin embargo, el mundo está aún lejos de encontrar una fórmula que garantice definitiva y rotundamente, a través del Derecho, el triunfo de la Justicia en todos los casos en que es requerida.

El esquema histórico que hemos trazado ante vosotros ha tenido la pretensión de demostrar, antes que los logros conseguidos en el campo del Derecho, a costa o por causa de tanto sufrimiento de la humanidad, el hecho irrefutable de que la Justicia, a través de los siglos, se ha mantenido siempre viva en algún rincón de los sentimientos de los hombres y que su consecución es uno de los ideales que con más pasión y energía han pretendido y siguen pretendiendo encontrar.

Vosotros, jóvenes que os iniciáis en la Jurisprudencia, tenéis el imperativo de avivar la llama de ese sentimiento de Justicia que alienta en vuestras almas y, además, el de dar forma a ideales que os muevan a luchar con rectitud, pero siempre con vigor, por el triunfo del bien.

Si alguna vez os desalentáis; si creéis que esta misión es en extremo dura; si estimáis que el Derecho Positivo que deberéis aplicar es una barrera demasiado inexpugnable para triunfar en el cometido de la Justicia, ¡no cedáis jamás al cómodo impulso de ahogar vuestros sentimientos!

Ni adoptéis tampoco, en manera alguna, el camino hoy tan socorrido de rebelaros violentamente contra el orden establecido. ¡No se puede, en nombre de la Justicia, diseminar la angustia, la muerte y la destrucción! Esto equivale a negar el sentimiento y a auerantar el ideal. O sea, a condenar a la justicia a una muerte lenta, pero definitiva.

Pensad, en cambio, en el ejemplo de Sócrates.

Llevado ante los jueces, acusado de no acatar las leyes de Atenas, porque no creía en los dioses del Estado y enseñaba a la juventud a buscar por sí misma la verdad, no dedica su discurso forense a lograr su absolución, retractándose de su vocación a la educación moral de sus conciudadanos.

Por el contrario, olvidándose de sí mismo, afirma orgullosamente su rebelión en contra de las leyes injustas y aprovecha la ocasión, la última que le es dada, para impartir una enseñanza suprema, la más brillante de todas de sus doctrinas morales. ¡Toda su apología es una pieza inigualable e inmortal de exaltación de la Justicia-Virtud!

Condenado a morir, rechaza Sócrates desdeñosamente la posibilidad cierta que le ofrecen sus discípulos de salvar su vida huyendo al destierro.

En su diálogo con Critón, que lo invita a evadirse, le opone esta interrogante: la fuga, ¿es justa o injusta?

Porque el hombre —dice— debe resolverse siempre, no por razones de interés personal, sino por razones de Justicia. Y esas razones le impiden quebrantar la condena porque ello significaría romper el compromiso tácito que, como ciudadano, tenía con el Derecho que lo protegió en su nacimiento, en su juventud y en su vida toda.

En suma, el gran filósofo está consciente que el Derecho, con todos sus defectos, es el único medio que puede conducir hacia el ideal de Justicia. Es posible combatir las leyes para procurar su perfección, mas no burlar el Derecho y destruirlo.

Así, Sócrates, en el instante supremo de su vida, hace comulgar su *sentimiento* con su *ideal* de Justicia. Para ello bebe la cicuta.

Terminamos retomando el hilo de nuestros pensamientos iniciales.

La verdadera grandeza del ser humano radica en su espíritu, que es el lugar en donde se cobija el concepto inmortal de Justicia.

La enseñanza de Sócrates, dictada por uno de los espíritus más selectos que ha contemplado la humanidad, es tan formidable e imperecedera que, después de 25 siglos, en este apartado rincón del mundo, no hemos encontrado mejor manera de sintetizar la idea que ha inspirado esta modesta clase inaugural que la de revivirla ante vosotros, jóvenes alumnos, con la esperanza de que, en algún momento de vuestras vidas, os sea útil para inspirar y dignificar vuestra profesión futura de jueces o abogados.